

## La mujer que regaba macetas

Esta historia es real, como lo son todos los sueños.

Aquel verano fui invitado a un congreso de grabado que alterna entre Argentina y Chile. Mi asombro fue grande, porque nunca pensé que nadie conociera mi trabajo en aquellas latitudes, pero recordé algunos latinos que habían pasado por mi taller. En diciembre aterricé en Temuco, donde me esperaba mi amiga Kisy para llevarme a Villarrica, sede del encuentro.

Podría hablar de la belleza del lago, del volcán que vigila el horizonte o de los artistas que conocí allí. Pero no es de eso de lo que trata esta historia.

Una noche, durante una larga sobremesa junto al agua, alguien preguntó por mis orígenes. Les hablé de mi aldea andaluza, rodeada de olivos y casas blancas, llamada Ribera Baja.

Entonces Omar dijo:

—Curioso... conozco un pueblecito parecido. También de casas blancas. Está al sur, cerca de Valdivia, junto al mar. Se llama Ribera, qué casualidad.

Propuso ir el domingo.

Salimos al amanecer. Dejamos atrás el volcán y nos internamos en la selva valdiviana. Los árboles se retorcían cubiertos de líquenes que colgaban como barbas de profetas. A ratos se oía el canto del chucao, breve y misterioso.

Después empezó a filtrarse un rumor profundo: el océano.

La selva se abrió de pronto y apareció la costa. Avanzamos un rato bordeando el Pacífico hasta que Omar indicó un desvío apenas visible. El camino subía entre arbustos y flores amarillas.

Al coronar la loma, Kisy detuvo el coche.

Abajo, en una pequeña ensenada de agua turquesa, estaba el pueblo.

Ribera.

Bajamos despacio.

Al principio fue solo una impresión vaga. Algo familiar en la disposición de las calles. Luego empecé a notar detalles: las casas blancas, los patios abiertos, las ventanas con rejas negras.

Había algo inquietantemente conocido.

Salimos de una curva.

Entonces sentí un pequeño vértigo.

La casa de la izquierda tenía un patio grande y una ventana enrejada. Durante unos segundos pensé que me equivocaba. Cerré los ojos. Al abrirlos, la casa seguía allí.

Era igual a la casa que construyó mi hermana en mi pueblo.

Seguimos avanzando.

La calle se desplegaba ante mí como un recuerdo. A la izquierda subían callejones hacia las lomas. A la derecha estaba el mar, donde en mi aldea están el río y las vegas.

Pasamos frente a la iglesia.

Me quedé mirándola en silencio.

La fachada era la misma. La única espadaña también. Incluso el pequeño nicho sobre la puerta estaba en el mismo lugar. Pero el santo no era el mío.

—San Francisco Solano —dijo Omar.

En mi pueblo está San Jerónimo.

Continuamos.

Los rostros de la gente eran desconocidos, pero las casas... las puertas... los patios... todo parecía estar colocado siguiendo una geometría que yo conocía desde niño.

Pedí que se detuvieran.

Bajé del coche y caminé unos pasos.

Los árboles no eran olivos. Eran otros, de hojas más grandes y oscuras. Pero estaban plantados exactamente en los mismos lugares.

Entonces la vi.

Al fondo de la calle.

Una reja blanca.

Tres ventanas.

Un poyo de piedra junto a la puerta.

Sentí una presión extraña en el pecho.

Era mi casa.

O algo que se parecía demasiado.

Me acerqué despacio. En el patio había macetas alineadas contra la pared. Sobre ellas se inclinaba una mujer mayor de cabello blanco. Regaba las plantas con una pequeña regadera.

Por un instante pensé en mi madre.

Pero no era ella.

La mujer levantó la cabeza.

Nos miramos.

Dejó la regadera en el suelo y abrió la cancela. Caminó hacia mí con una tranquilidad que me desconcertó.

Antes de que pudiera decir nada, me abrazó.

Olía a tierra húmeda y a hierbabuena.

—Esta noche soñé que mi hijo vendría a verme —susurró.

Me quedé inmóvil.

—Nunca tuve un hijo —añadió—. Pero lo soñé.

Me tomó de la mano y me condujo al patio. Sacó dos tazas de café.

—Siéntate.

Hablamos un rato. Le conté de Andalucía, de mi pueblo, de mi madre cuidando sus plantas. Escuchaba con una atención serena, como si muchas de aquellas cosas ya las conociera.

En un momento guardó silencio.

—Hace muchos años —dijo al fin— soñé con otro pueblo. Era igual que este... pero los árboles eran distintos. Y donde aquí hay mar corría un río.

Me miró.

—Allí vi a una mujer con un niño en brazos.

Saqué de mi cartera una fotografía de mi madre conmigo cuando era pequeño.

La observó largo rato.

—Sí —murmuró—. Era ella.

Antes de irme, entró en la casa y regresó con un pequeño paquete envuelto en lana.

Dentro había una piedra lisa, atravesada por vetas que recordaban el dibujo de las olas.

Puso mis manos sobre ella.

La piedra estaba tibia.

Por un instante sentí algo difícil de explicar: el calor del verano andaluz, el rumor de los olivos, la cal brillante de las paredes de mi infancia.

Abrí los ojos.

—Mi abuela tenía una piedra parecida —dije.

La mujer sonrió.

No añadió nada.

Cuando cayó la tarde emprendimos el regreso.

Nunca volví a Ribera.

Pero algunas noches, antes de dormir, la recuerdo inclinada sobre sus macetas.

Y justo en el umbral del sueño oigo su voz:

—Esta noche soñé que mi hijo vendría a verme.

Porque esta historia es real.

Como lo son todos los sueños.